

Stultifera Navicula

Waldo Pérez Cino

*Entre muchas cosas estrañas et maravillosas
que nuestro señor Dios fizo, tovo por bien
de fazer una muy maravillosa; esta es que
de quantos omnes en el mundo son, non ha
uno que semeje a otro en la cara; ca
como quier que todos los omnes an essas
mismas cosas en la cara, los unos que
los otros, pero las caras en sí mismas
non semejan las unas a las otras.*

INFANTE DON JUAN MANUEL

UNO DE TRES. ¿CREER EN LA LEY DE PROBABILIDADES? ¿CIRCUNSCRIBIR, POR NO SÉ cuál entropía, al orden la ausencia del orden? No. Prefería creer en merecimientos: *sum qui sum*. La estadística iguala, nivela, equipara, identifica, uniforma; sus unidades son mensurables porque son idénticas, porque son una: *uno de tres*.

—¿Un tercio? ¿Un único bote, acaso, ajedrezado de tercios sobrevivientes —en blanco, claro—, y enlutado de muchísimos dos tercios desastrados?

No. De diez dramaturgos ingleses no le gustaba —décimo de teatro inglés— uno indistinto en el conjunto; le gustaba Shakespeare. Como pensando en las musarañas, la cabeza se le ocupa en esas cosas. Miriam aprieta el paso, porque las calles están oscuras, *ajedrezadas de adoquines ausentes*, se le ocurre. Miriam mira a la acera, en otro tramo de luz, mira los rostros de la gente, cuenta, en la cuerda de la estadística: de esos cuarenta o cincuenta —hombres, mujeres, dos niños—, ¿con cuáles identificarse para, fracción en la unidad, armar el décimo o el tercio, el perfecto engranaje de estadística improbable? No. Uno de tres no vale, como tampoco vale la unidad que, siquiera pensada, suena falsa: unánime unidad, todos para uno y uno contra todos. No. Uno de tres no vale. Uno llegaba; dos se perdían en el mar. Ya casi llega a casa Miriam y la asalta la duda: la estadística, ¿se refiere a botes o a personas? No importa... *sí importa*. Claro. Pero al caso, ¿quién o cuál llega, cuál no? Manera de distribuir la suerte, *de despertar la pitonisa de Delfos*, se le ocurre, y también:

*Tin Marín,
de dos pingüé,
el primero
de los tres.*

Todos para uno y ese contra todos. Todos: hombres y mujeres —dos niños— y los ademanes adustos de la resistencia, y los ceños fruncidos de quien busca en la memoria —en el fondo de la memoria, el recuerdo perdido de un sueño de glorias—. Ah, la gloria... *Militia est vita hominis super terram*, decía Job; *comedia est vita hominis super terram*, dijo Juan de Salisbury y piensa Miriam, y prefiere Miriam; si al fin al cabo, *as you like it*, pero el como gustéis puede ser ilegal: Dinamarca es una cárcel.

Ariel tiene nueve años. Ariel no es niño, sino niña; a Miriam le gusta, en serio parece, Shakespeare. Cuando mamá llega, Ariel se despierta, y clama por mamá:

—¡mamá...!

—Hola, Ariel, mi amor. Estuve en casa de tío Fabián. Mañana... mañana tenemos mucho que hablar, Ariel. No, no, mi amor, no hiciste nada. Vamos. Vamos a hacer algo juntas, algo importante, que tenemos que conversar. No, ahora no, mañana. Duérmete. Bueno, Ariel, está bien: vamos a hacer un viaje. Un viaje largo, pero si no te duermes ahora, no te lo cuento mañana. Sueña con los angelitos, mi amor.

Ya es casi madrugada. A Miriam, de noche, le gusta más la casa. Quién se va a fijar —ahora— en una pared despintada. No: Miriam revisa los objetos que quiere, como para grabar en la memoria. Todo eso se queda, independiente de sí: *todas esas cosas, tan lindas tan hermosas*. El aguamanil de loza blanca. La lámpara que Lidia salvó, para ella, del inventario —otra ventaja—: a mí no me hacen inventario. Y el *amelia* de Clara.

—Para mí no hay inventario aquí, hay, tal vez peor, cuarentena allá, que en todas partes cuecen habas. *Comedia est vita hominis*: el sueño, lleno de estruendo y de ruido, narrado por un idiota, y Macbeth, en medio de su lago de sangre... ¿qué más da volver atrás o continuar? Nada es imposible a partir de lo que somos hoy. *Puppenspiel Gottes* el hombre —diría Lutero—; *Puppenspiel Gottes*, Muppets Show, al fin, con una Miss Piggy ajada y ridícula de timonel. Uno de tres. Destino extraño.

¿Qué la decidió? *Oráculos de la pitonisa*, se le ocurre. No, el tiempo: maldiciones, ahogadas en rutina —ahogadas y profundas—, o el tiempo perdido; el tiempo deformado. ¿Diálogos de conseja y desespero? No. Miriam se levanta y camina por la casa, sin apuro. Se mira en el espejo. Los rasgos de su cara pueden ser de otros; se mira hasta que no se identifica a ella misma; por lo menos, hasta que no se identifica la cara. *¿Est je un autre?* No, también, tampoco. *La decisión es mía*. La decisión es suya, se dice. *Sum qui sum*.

Tin Marín.

de dos pingüé...

¿el primero

de los tres?

Diálogos de conseja y desespero... ¿cuántos? Parecidos todos, igual. ¿Con quién? Con Lidia, que la espera en San Francisco. Con Carlos, que no le ha

escrito nunca. Con gente que no la espera en ninguna parte. Con gente que ya no espera nada, o que se la pasan esperando... Ah, la víspera... Esperando el fin de la película, que no termina nunca. O esperando segundas partes, que nunca han sido buenas.

—Y cómo, tan callando, se pasa la vida.

Esperando. Se le ocurre: ¿en el *Hôpital Général*? Los oráculos de la pitonisa, no se olvide; pertinencia de la casualidad, tal vez. *Locura*, se dijo en un momento; uno de tres: habría que estar loco. Estaba en la Biblioteca, así que buscó en la L; *Locke, Locuciones... Locura. Locura, Historia de la*. Pidió el libro. El primer capítulo, como una iluminación, destello delfico, Delfos o Ifá: *stultifera naviculis*. Ese libro, ¿entre cuántos? ¿Uno de veinte, uno de treinta? No, la ley de probabilidades no vale. Uno, de tres. Mejor creer en merecimientos.

Cuando la apuraron para cerrar, ya casi terminaba. Nave de locos: un motivo, un tópico, tan real como todos. En el principio, fue la exclusión. Historia vieja: leprosos, galicosos, mal del reino, melancólicos, locos, peligrosos, mal ejemplo, gusanos, descarriados, heresiarcas, lascivos, vagabundos, indebidos, disidentes, escoria, corruptores. Excluirlos, por unánime unidad. Para el bien de todos, *and justice for all*.

En el principio, la exclusión: naves conduciendo locos en busca de cordura, exilio razonable. Sitios de concentración, para purgar el hombre, salvar el alma, purificar humores... Ah, el hombre nuevo. Saint-Mathurin de Larchant, Saint Hildevert de Gournay, Besançon, Gheel. Buscando el paraíso. O huyendo del infierno. No es lo mismo. Miriam lee. Nave de locos, ¿qué la decidió? No. No basta la exclusión. Edictos, poder, unánime unidad. *Hôpital Général*. El 1676, el Rey prescribe el establecimiento de un *Hôpital Général* en cada una de las ciudades de su reino. Estructuras de base, Dios salve al Rey. Miriam lee: «...por primera vez se sustituyen las medidas de exclusión por una de encierro; el desocupado es sostenido con dinero de la nación, a costa de la pérdida de su libertad individual. Entre él y la sociedad se establece un sistema implícito de obligaciones: tiene derecho a ser alimentado, pero debe aceptar el constreñimiento físico y moral de la internación». Dinamarca es una cárcel. Y cómo se pasa la vida, cómo se viene la muerte, tan callando, en comedia de equivocaciones.

Nada que llevar: Miriam va ligera de equipaje. Caminan por la costa, como quien goza el mar. No: el mar es el enemigo, *el mar que une y separa*, se le ocurre a Miriam. Ariel va callada, se agarra de la mano de tío Fabián y de la mano de su mamá, quiere llevar la linterna.

—Mira, Ariel, alumbra ahí. Frío, caliente, ahí mismo.

Fabián saca del hueco cinco bidones de agua, uno a uno. Miriam se agarra y no dice nada, piensa: *¿yo estoy haciendo esto...? La decisión es mía*. La decisión es suya, así que bajan buscando el bote.

—No, chica, no. Ese bote, a esta hora, está siempre solo.

No. El bote no está solo. Dios mío, Dios mío. Dios mío, se asusta Miriam. La silueta del hombre, fumando, le recuerda todo lo que no quiere. *Uno de*

tres... ¿y cuántos salen? No. Tranquila. Ariel, tú calladita —se lleva el índice a los labios—, que tío Fabián resuelve todo. Callada, calladita, sólo silencio, Señor. Silencio.

En la penumbra de la playa, son sólo dos sombras que se acercan. ¿Dos sombras idénticas? No. Una sombra y otra sombra. Una conocida y cercana —¿te acuerdas, Fabián, los días de la universidad, te acuerdas de, recuerdas que?— y otra desconocida y ajena —sin memoria, *ni siquiera con olvido*, se le ocurre—. Memoria y ausencia. Las suyas, claro. Lo único que no le quitan ni el inventario de aquí ni la cuarentena de allá, pero... ¿qué otra cosa buscaba sino olvido? No. Sí, sí: olvido y ausencia de lo que queda atrás, memoria de sí misma. ¿Buscando el paraíso o huyendo del infierno? Higiene del Leteo. Tirarle lastre al globo. ¿Qué pasa con Fabián? Miriam abre los ojos un poquito: la sombra ajena le da fuego a la sombra conocida. De aquí no se oye nada; ni siquiera precisa los rasgos de las caras —si acaso, cuando los punticos rojos de los cigarros se acercan a los rostros, que luego desdibuja el humo. ¿Quiénes son? Dos amigos que conversan en una playa, sí, por qué no. O dos hombres que hablan sobre una misma mujer. Un hermano que aconseja al menor. No. Son Caín y Abel, Abel y Caín, cada uno. Olvido y memoria, memoria y olvido, los dos. Cada uno la suya, claro. O más simple, enemigos. Ah, el enemigo...

Dios mío, Dios mío: Miriam tiene miedo, y aprieta la mano de Ariel. Ariel tiene miedo también, pero tiene los ojos abiertos, y trata de mirar. Enemigos, ¿qué o quién es el enemigo? No hay un enemigo, sólo existe mi enemigo, en la cuerda floja del posesivo. No. No hay Enemigo, pero siempre está, zanahoria para el burro, inventado por todos. Todos para uno y ese contra todos, el enemigo está ahí, malabarista del nosotros y del ustedes, de lo igual y la diferencia, repartiéndose las almas, malo y bueno, bueno y malo, *ad maiorem gloria* ¿de quién? No. Ni de todos ni de nadie.

Las sombras se han puesto de pie y —ve Miriam— mueven las manos. El otro se quitó la gorra, ahora, ¿quién es cuál? Mejor no mirar. Sólo silencio de ojos cerrados pero, mentira, no puede. Uno se guarda el sobre que tenía Fabián con el dinero, las dos sombras se separan. Fabián se había empecinado: cien dólares no es mucho allá pero de algo servirán. Miriam mira, entre cerrando los ojos. De nada sirvieron, parece.

—¡No!

Cuando suena el disparo, corre. *No, Fabián, Dios mío, no, no*. Las dos sombras están en el piso, Abel y Caín, Caín y Abel, quién es cuál. Miriam corre, sólo sabe que pelean; enemigos, claro. Se cae, se levanta, llega.

—¡Fabián!

Qué reconfortante reconocer las caras, al fin; Fabián se está levantando, la mira —ya está de pie—. Se mira a sí y mira al otro, que estertora; no, no puede morirse, Dios mío, Dios mío, y qué hacemos ahora. Miriam le quita la cuchilla de la mano, y la tira lo más lejos que puede. Fabián se va a levantar, y nota que tiene una herida poco más abajo de la axila, como un desgarrón, pero se incorpora, apretándose el brazo contra el hombro, en anestesia de intuición. Está de pie —ahora sí—.

El otro, en el suelo, trata de moverse cuando Miriam se acerca. Fabián se da cuenta y, por si las moscas, busca la pistola —un revólver viejo que está caliente—, y lo tira al agua. No llega y suena en el arrecife. ¿Y Ariel? Ariel mira desde arriba, alumbrándose los pies con la linterna. ¿*Sum qui sum?*, se pregunta Miriam, y le pide a Ariel que baje

—...con cuidado, Ariel, que no hay apuro.

Tratan de calmarse. Miriam le mira la herida a Fabián. El otro tiene un navajazo en el abdomen, pero *oiga, compadre, de eso usted no se muere*. Fabián, igual, duele muchísimo, pero dice Miriam que no es nada. Miriam ni se reconoce, pero por ahora no se le ocurre pensar; es sólo cargar el agua, una bolsa con siete latas de leche, virar, entre los tres, el bote. Fabián busca el dinero y la cuchilla. Cuando siente el agua en las pantorrillas, también, como un destello, siente Miriam que algo ha cambiado, que lo que está viviendo, menos que presente, es cosa ida, evento sucedido. ¿Olvidar? No. Ordenar la memoria.

O sea —Miriam es sincera—, olvidar. Fabián se queja al proejar, así que Miriam le quita un remo, y trata de seguirle el ritmo, uno, dos, tres, cuatro. Escruta la costa, en vano; nunca imaginó así la despedida. Éste no es el aeropuerto de Boyeros, ni los amigos mueven —mudos, porque su sueño fue siempre silente— las manos tras el cristal, ni hubo una noche última de amor, ni habrá, parece, vista panorámica de tierra que se aleja.

Miriam se deja llevar, y la memoria suplanta el ensueño —recuerda, recuerda tu nombre, recuerda— y se ríe de recordar un poema de Heredia, del que siempre se rió, y se ve a sí misma: años atrás, en el patio de su escuela (ante un patio lleno de niños que la miran, esperando, y Miriam, niña también), mientras busca los versos de una última estrofa que no le viene a la boca, y se ve oyendo; primero, el murmullo; luego la risa, *in crescendo*, risa hecha de pequeñas venganzas, de sentido del ridículo y de miedo al ridículo, de rencores menudos y de ingenuo motín escolar.

Miriam está sola, ante el patio que —en unánime unidad— ríe, y trata, sin ganas ni éxito, de reír con los otros, sintonizarse, formar parte. No puede más y, años atrás, en el recuerdo, se echa a llorar, mientras corre

—¡mamá...!

Uno para todos y todos contra uno: trágame tierra. Sin embargo, hoy, como una letanía, le vienen absurdamente a la cabeza los versos de Heredia, y no puede evitar una risa sorda, ésta sí, real, sólo para ella. Dios mío. Olvidar.

Pero mejor, mejora, el último vistazo, aquí, ahora, en el bote que se aleja. Le habían dejado una bengala —una de seis— al herido, el otro, el enemigo, y bajo amenaza, instrucción de aguardar, a usarla, verlos remontar el horizonte.

—Sí, sí, que lo recojan, no vaya a desangrarse.

Ni cinco minutos, por supuesto, esperó el otro. Miriam se sobresaltó por un segundo, y luego el resplandor rojo iluminó el cielo, la costa, a ellos mismos, antes de tiempo. No: justo a tiempo. Para marcarle un hito al olvido, una última imagen reconciliada. Un adiós que se apaga como chispa en el mar. Sin buenos y malos, Caínes y Abeles. Noé, desde el arca, despidiendo la tierra que se anega en el agua.

Jalea jacta est, bromea Fabián. Miriam le acaricia la cabeza y rema con los ojos cerrados. Olvidar... la Coca Cola del olvido, el agua del Leteo. No hay que mirar atrás. *¿Y si hubiera, mi Señor, diez hombres justos en Sodoma?* ¿Uno de diez? No. No vale la estadística. Corre Lot, corre con tus hijas. No. Ya no quiero ser la estatua de sal. Sola en el desierto. Devastándose en el desierto, perdiéndose en el viento que la toca. No hay que mirar atrás. Borrón y cuenta nueva, olvido, ausencia. Coca Cola del Leteo. *Drink Coke*.

Ya se van sintiendo las olas. Como siempre: marejadas —peligrosas para embarcaciones menores— en la costa norte. Miriam no se ve las manos. Oye a Fabián que le habla, y a ratos toca a Ariel, dormida hace mucho.

Es mediodía. El segundo mediodía. Por la mañana se voló, finalmente, la lona; Miriam, aunque sea por sentirse protegida, no se quita ahora los lentes de sol, y en una esquina del bote, Ariel se cobija del sol con la camisa de Fabián. Nadie habla.

El primer día, Fabián y Miriam —como dijo ella— se contaron de nuevo a sí mismos. Historias ya sabidas y contadas, casi siempre, a los amigos nuevos. No. Ahora, ya historias diferentes (no por eso menos sabidas) hechas menos de recuerdo que de confirmación. Como mirarse a las caras: tú eres aquel que, yo soy esa quien. Ya, disculpadas de todo. Más, cada una, signo que suceso, aprendizaje que error, visión, que cosa vista.

Pero ahora nadie habla. Siempre fue silente el sueño de Miriam.

La sombra de un pájaro sobrevuela el bote. Para Miriam, los pájaros (el Pájaro) son los gorriones. Miriam ama su ciudad de gorriones, cuyo nombre quiere desdibujar en olvido, ausencia, risa de la memoria. Es el quinto mediodía. No... ¿el sexto? Miriam cuenta los días cuando el sol empieza a bajar, ha confundido la cuenta, parece; es difícil contar sin saber cuánto falta.

Miriam ama los gorriones —el pájaro que los sobrevuela ¿es gaviota o tiñosa?— porque no saben ser simbólicos, o porque no han sabido dotarlos de sentido. Si los sobrevuela una gaviota es signo de tierra cercana, aquí o allá. Si los sobrevuela un aura es síntoma de muerte, de tierra lejana, de sueño sin ancla; que Miriam no pueda distinguirlo es también un síntoma, que se le está muriendo la vista, que tal vez pronto no pueda reconocerse ni reconocer a Fabián en el cuerpo que equilibra el bote, ni a Ariel, para de nuevo decirle que recuerde su nombre:

—Recuerda tu nombre, Ariel, Ariel, hija de Miriam, Lidia Saavedra, San Francisco, Lidia nos puede buscar, Lidia te puede buscar, Ariel.

Miriam piensa que los gorriones han desplazado a las palomas, porque las palomas se dejaron arrebatar la inocencia; en su ciudad de gorriones, las palomas llevan en el buche perdigón de plomo, y a plomo caen sobre hombros que han de ser santificados, investidos de aprobación, hombros de niños y de líderes, mujeres, dos niños, hombres, unánime unidad; Miriam cree que

las palomas perdieron la inocencia porque aprendieron el sabor de los aplausos y la música de los desfiles. No. El sueño de Miriam es silente, sin música, y los gorriones son sordos; las palomas, todo oídos, aprendieron el ritmo de una conga admonitoria e hicieron pacto con el diablo:

—Pa'lo que sea, Satán, pa'lo que sea, Satán, pa'lo que sea, Satán, pa'lo que sea...

Miriam hace gestos con las manos —Miriam se aferra a su sueño silente porque, desde que están en el bote, todas las melodías se pueden perpetuar en letanía sin fin, resonándole en la cabeza, como aquellos versos de Heredia que la acompañaron dos noches: Miriam mueve las manos, sin percatarse siquiera de su ademán de loca.

Nave de locos: ¿buscando el paraíso o huyendo del infierno? Ahora, Miriam huye de la huida, del atrás, aquí, ahora; todo lo que quiere es *luego*. Y agua.

El mar no es un espejo de agua —Miriam desearía un espejo para reconocerse a sí misma—. Pero el mar no le refleja la cara. Cuando Ariel abre los ojos, Miriam trata de buscarse en ellos, y no entiende lo que ve: no hay hombre que semeje a otro en la cara, ni mujer, pero Miriam reconoce sólo atributos de todos, rasgos, ay, unánimes: una nariz, dos ojos, boca. Trata de reconocerse en el dolor, *ese espejo tan íntimo*, piensa Miriam, pero los trocitos de labio cuarteados que se arranca con los dientes le calman la sed, y también el dolor se pierde dentro suyo, sin espejo ni imagen, vacío, transparente. No. *No puedo ser transparente*, siente Miriam, *la transparencia es ausencia*, la transparencia es olvido, se le escapa a ella, y sólo se conoce un momento cuando le pone la mano en el pecho a Fabián, y comprueba —una mínima imagen en un espejo ajeno— que todavía palpita. *No olvides tu nombre*, Ariel, y Miriam alucina, sueña, delira, se hace transparente y piensa que tal vez, acaso, a través suyo Ariel pueda verse, y conserve su nombre y conserve, con él, la imagen de ella misma que Miriam perdió, pierde, que busca en el sueño que (piensa Miriam) *me trasciende en silencio*. Porque siempre fue silente el sueño de Miriam.

Miriam, si acaso, tal vez se encuentre en su relato, donde ella es contada y cuenta, en diégesis de vidrio: el mar, abriéndose en canal, deja ver peces que agonizan en el fondo de piedra y de coral, de esquifes y de sombras, de huellas; el mar se abre, dos murallas de piedra, no, de piedra no, de agua; de cuando en cuando, en la superficie pétrea del agua que forma el Gran Pasillo, asoma la cabeza un pez, o sólo una aleta, una cola, o incluso —extraño— hasta un brazo.

Agua abierta, que Miriam, en su transparencia, se relata a sí misma; *Furcae Caudinae* para las tropas del Faraón, alfombra de púrpura para la Caridad del Cobre, Virgen marinera, Virgen balsera, Patrona de Cuba.

El Gran Pasillo para buscar el infierno, escapar del paraíso, no; huir del infierno, buscar... Miriam es transparente y sólo relata a sí misma estas cosas, no sabe discernir; ¿*sum qui sum?* No. Todo depende del relato. Naves de locos, *stultiferae naviculae*, llevadas en andas, en andamiaje de procesión, entre las murallas de agua. Carnaval: Miriam, desde su sueño, no entiende por qué tantos brazos —¿multitud?— afloran del agua, Miriam no ha visto los botes, las balsas, las falúas, la lanchita de Regla —ave, santa, santísima Virgen de Regla—, las gomas, la tramoya del carnaval, porque Miriam salió dos días

antes —¿y quién iba a saber que luego...? No: Miriam ignora el carnaval, lee tan sólo —porque su sueño es silente— los ademanes de la risa pascual, risa de locos, ejército de locos huyendo de la locura, manicomio abierto (Dinamarca es una cárcel); carnaval y risa unánime, conga contra conga, *pa'lo que sea, pa'l mar, pa'lo que sea*, y como en todas partes cuecen habas, en vez de cuarentena o inventario, Guantánamo. Lo que está soñando —¿cosa ida, evento sucedido?— parece eterno en el sueño de Miriam, pero es sólo un momento, y Miriam, sin discernir aún, recuerda: olvidar. Todo es un momento porque todo es olvidable, también el carnaval, aleteo de gorriones, de aves sin sentido, sin símbolo que las sustente. Que también es danza macabra el carnaval: uno de tres. ¿Cuántos llegan? La estadística, ¿se refiere a botes o a personas? Carnaval, conga del olvido, conga unánime, Coca Cola del Leteo, Muppets Show, *Hôpital Général*, *drink Coke* y Macbeth, en medio de su lago de sangre.

Olvidar, pero, siente Miriam —sin reconocerse ya en su percepción, matiz en el estruendo de la conga— que el recuerdo es débil y el olvido imposible... No. Miriam no le guarda rencor al patio de niños que ríe de su olvido. Los niños, santificados por palomas y líderes de buche de plomo, pueden reír del olvido porque no tienen memoria. *Pero hay cosas que no se perdonan*, se dice Miriam, y no sabe por qué, porque es sólo transparencia, tiempo o escenario en que suceden cosas —el sueño de Miriam— que son ahora tres ángeles, tres ángeles que sobrevuelan el bote, con alas de gorrión —a Dios gracias. Tres ángeles, uno de tres, uno igual a otro igual al otro, y desde el otro, etcétera; *magnificat* de la estadística. Son ángeles que advierten de un peligro, sermonizan, amonestan, señalan: el sueño —el relato— de Miriam se hace pesadilla, no hay relato sin peligro: Leviatán, bestia del mar, tiburón también en carnaval. La conga se hace interrogativa: ¿pa'lo que sea, Satán, pa'lo que sea, pa'l mar, pa'lo que sea...? *Comedia est vita hominis*: sacrifica a tu hijo, Abraham, dijo el Señor:

—Pa'lo que sea, Señor, pa'lo que sea.

Era sólo probarte, mi siervo; Miriam se estremece, ¿ya es ella acaso?, se estremece y piensa en Job, *tu techo caerá sobre tus hijos* —una prueba, mi siervo, nada es imposible a partir de lo que somos hoy—: arriba, Job, resiste, aguanta, aplaude, lo que sea, Señor. Carnaval y conga, Leviatán: el vientre del pez será tu casa, *Puppenspiel Gottes* el hombre, Pinocho, Job. Pero ya Miriam, en su relato, mientras se alejan los ángeles, se pierde de nuevo, duda: ¿visión angélica o tentación de demontre? *Vade retro*, Satanás. Borrón y cuenta nueva. Olvido, ausencia. Y tú, Job, empínate.

Tin Marín,
de dos pingüés.
¿El primero
de los tres?

Sólo el volumen confiere densidad a las cosas. No: ningún sueño transparente tiene fin. La transparencia es la ausencia del volumen, más que la visión a su través. En puridad, lo transparente es invisible. El recuerdo se hace de

volúmenes, densidades, una imagen con un tope, un término, una linde. Una imagen transparente no es una imagen; su descripción, sólo palabras. Un rostro transparente no es un rostro. Un ataúd con el visillo cerrado es triste por que no permite reconocer, en un rostro único y distinto, la muerte. El rostro transparente de un cadáver es imposible, es multiplicar las ventanas de la caja, visión de muerte demasiado unánime. No. Por eso, en los entierros se liberan palomas, *urbi et orbi*: una imagen del alma que se eleva, un símbolo, un gasto del posesivo para justificar una imagen reposada de la muerte: sonrisa cumplida —del muerto y de los vivos— para un último adiós que precisa linde, tope, frontera, punto y final. Borrón y cuenta nueva saludable.

Casi nunca hay palomas en los camposantos. No. Sólo en día de duelo, traídas y llevadas para cierta tramoya del dolor. Los gorriones, en cambio, anidan en las tumbas, ensucian los mármoles, salen y entran del cementerio, alternan con los vivos. Nunca —piensa Ariel— se posan en los hombros de la gente, y es difícil acercárseles, siquiera. Por lo común, el ruido los espanta.



El cristo de Hialeah.
Impresión fotográfica digital, 2006.